

EL FANTASMA BLANCO.

ROMA 3 DE ENERO DE 1888.

Ya le he visto.

No pude pegar los ojos en toda la noche. A las cinco y media saltaba de la cama y empezaba á prepararme. A las seis y media tenía prendida la clásica mantilla española y en el pecho la medalla de la romería, con cinta blanca y azul—los colores de la Inmaculada.—Mi espíritu se encontraba agitado, sí, pero de curiosidad únicamente: la curiosidad golosa que infunde el espectáculo raro, mucho tiempo há esperado y prometido. Al bajarme del coche ante la puerta de la sacristía de San Pedro, me preocupó la cuestión de empellones: por allí se subía á las tribunas no más, y sin embargo, centenares de personas se empujaban para entrar pronto. Con paciencia y la ayuda de los *bersaglieri*, conseguí abrirme camino, llegar á la tribuna, sentarme có-

modamente, y cerciorarme de que mi asiento se hallaba situado de tal manera que enfilaba en derechura el altar y yo no perdería un movimiento del Papa cuando oficiase. Y al encontrarme en tan ventajosa posición; al ver en frente el inmenso escenario, á mi izquierda la tribuna diplomática, deslumbradora de bordados y cruces; á mi derecha las patricias romanas luciendo sus mantillas de encaje sujetas con ricos joyeles, y debajo de mí los bancos destinados á canónigos, obispos y patriarcas; al tender la vista por el templo colosal inundado á torrentes con la luz que se despeñaba de la gigantesca cúpula, haciendo refulgir los cascos de la guardia noble y las albardas de la guardia suiza, experimenté la satisfacción del aficionado á música que asiste al estreno de una ópera del más excelso compositor y se encuentra dueño del mejor sitio, á conveniente distancia de la orquesta, y en punto de no perder detalle de la representación ni nota de la música.

He resuelto declarar sinceramente que éstas eran al principio mis impresiones para que la confesión sirva de castigo á mi frialdad y á mis ráfagas de paganismo. Salga del alma al papel todo cuanto sentí du-

rante la misa jubilar del Papa; el cristiano está obligado á no avergonzarse de serlo. Claro que la gran solemnidad pontificia nunca se me figuró, rigurosamente hablando, una función teatral, aun considerando tan sólo su parte externa, la magnífica pompa que la rodea y realza; pero reconozco que esta pompa, este artístico y ostentoso ceremonial eran para mí lo más atractivo. Hasta el día de hoy no me habían producido emoción religiosa sino las iglesias solitarias, un poco obscuras, mejor si son góticas, amenazan ruína y las pudre la humedad, las imágenes austeras y dolorosas, la penumbra que reina entre las columnatas, el misterio de los retablos que alumbraba la lamparilla trémula. En habiendo luz, armonía, estilo clásico, la poca compunción de que soy capaz se huye, y queda en su lugar una beatitud como la que me causaron las voces de San Juan de Letrán, bajo cuyas bóvedas eché de menos, para soñar y creer, los santos lugares del Calvario franciscano.

Un estado de alma en que no se advierte más que serena alegría, plenitud vital que duplica el goce de existir, de pensar y de entender, eso me producen á mí los sober-

bios templos de Roma, donde la profusión de oro, plata, bronce, malaquita, cornalina, jaspes y alabastros, la majestad arquitectónica, el aparato de las esculturas, parece que comunican al vivir humano cierta magnificencia y nobleza propia de las grandes épocas históricas paganas, cierto vigoroso júbilo que nos acerca al estado olímpico de los semidioses.

Así sentía yo antes que el Papa se apareciese, en aquel momento de expectación en que sesenta mil personas aguardaban ansiosas su presencia. Cuando por cima del bosque de cabezas, suspendida en el aire como una visión celeste, flotando y bogando después por entre las olas del gentío, divisamos la silla gestatoria; cuando distinguimos la forma del Pescador de hombres, blanco y dorado, abrumado bajo el peso de sus riquísimas vestiduras, de la pedrería de sus joyas; cuando ya vimos su rostro pálido y el movimiento sobrenatural de su brazo al bendecir, sentí el primer escalofrío, el primer estremecimiento psíquico extraño, y, de pie en la silla, como estaban todas las señoras, temí caerme y me apoyé en la primer espalda que pude.

Algo raro se me subía á la garganta; ne-

cesitaba gritar; y, respondiendo á mi deseo, reflejando el mismo ímpetu irresistible, un clamor hondo, hondísimo, más dramático y musical que ningún coro de Wagner, se alzó de las profundidades del templo: era en todos los idiomas, pero sobresalía la aclamación de los españoles:

—¡Viva el Papa rey!

Dos minutos antes de asomar el Papa había yo respondido á alguien que me preguntaba si creía que habría aclamaciones:

—No; se me figura que no. Confío en la sensatez de los peregrinos; las circunstancias son tan delicadas... A lo sumo habrá un rumor respetuoso y cariñoso... pero nada más, porque no sería prudente ni discreto, ni pienso que entre en los propósitos y deseos del Papa ser aclamado. El silencio es de rigor.

Y la que esto decía con absoluta buena fe dos minutos antes, otros dos minutos después de entrar el Papa exclamaba con idéntica convicción:

—Pero, Dios mío, ¿qué hace esta tribuna nuestra que se calla, mientras las pobres gentes de abajo se deshacen á gritos? ¡Que siempre nos ha de dar lecciones el pueblo!

¿Pero cómo no gritamos también? ¿A ver? ¿Quién empieza?

Un acento italiano, una voz de tenorino rompió el fuego clamando «¡Ewival!» y al punto se le unieron otras muchas, españolas, vibrantes y firmes. Mas no bien el Papa se bajó de la silla y sólo quedaron dominando la multitud los dos blanquísimos flábulos de plumas, se desvaneció en mi alma el sentimiento que me impulsaba á lamentar no parecerme siempre al pueblo en la frescura del corazón. Volví á ser la espectadora, no indiferente, pero sí curiosa, que estudia cada detalle con deleite artístico, que sorprende los efectos de luz y la expresión de los rostros.

La misa del Papa empezaba, y yo veía su solideo blanco destacarse de entre los trajes episcopales y militares, como el pico de una montaña cubierta de nieve. Sin embargo, al oír el *Tu es Petrus* que al parecer bajaba del empíreo entonado por voces angelicales, como si el Verbo divino lo repitiese después de diez y nueve centurias, nuevos escalofríos recorrieron mis vértebras. Y á medida que la misa iba adelantando—una sencilla misa rezada sin aparato alguno,—mis ojos se clavaban en el altar inven-

ciblemente, lo mismo que en la primer fase del sueño hipnótico se clavan los del magnetizado en los del magnetizador. Las voces de lo alto proseguían; un rayo de sol, como esos que en los cuadros bíblicos caen sobre la frente de Moisés ó de Josué, envolvía la exangüe cabeza del Papa y arrancaba el fino destello de la perla oriental á sus canas y á su tez de marfil pulido. León XIII alzó las manos, y en ellas vimos un punto blanquísimo, la hostia.

Sólo entonces me dí cuenta de lo que me pasaba. Estaba en pie, inmóvil, sin respirar, corriéndome dos hilos de lágrimas por las mejillas. Lloraba en silencio, con una felicidad interior tan grande y tan verdadera, que creía no estar en el mundo. Ni sentía la vida orgánica de mi cuerpo ni la función de mi cerebro (cosas que, aun dormida, noto vagamente); no pensaba, ni discutiría, ni comprendía, pero se me iba derriendiendo el corazón, y un dulcísimo deliquio me vedaba mirar al altar mismo: involuntariamente levantaba los ojos á la cúpula, al torrente de luz que caía de ella. No me importa que esta impresión tan real y tan profunda sea ó no creída; ignoro si hago bien ó mal en narrarla, y sobre todo en ana-

lizarla, pues acaso al destapar el pomo se evapora la preciosa esencia; quizás no faltará quien la eche á broma ó la juzgue incompatible con mi estado habitual de equilibrio, con mis aficiones literarias, harto profanas y libres, con la especie de frialdad y pesadez de espíritu que engendra la vida mundana, con mi horror al sentimentalismo y al lirismo, con otras muchas cosas que son de nuestro siglo, y por consiguiente nos afectan é influyen á todos.

Pero así pensarán los que se hayan quedado en España, los que no hayan gozado de este espectáculo único, los que imaginen que es igual ver al Papa en cromolitografía ó en carne y hueso, bajo estas bóvedas, entre estos cánticos, arrullado por estos clamores ardientes. ¡Se han enrojecido los párpados de tanta gente más profana todavía que yo!

Convengo en que también me sorprendí de mi propia impresión. Sabía que era católica, no que lo fuese tan apasionadamente; no me juzgaba muerta como Lázaro, pero ignoraba que la fibra poseyese tanta elasticidad y respondiese como la cuerda de una lira al contacto del dedo divino. ¡Dicha incomparable! Acordéme de la no-

vela de los Goncourt, en que la mujer descreída y fría, pero inteligente é ilustrada, así que llega á Roma y respira este ambiente singular, el más oxigenado del mundo entero, donde flotan como esencias de embriagador aroma los recuerdos de tantas edades, los efluvios históricos, siente despertarse su instinto religioso y se convierte y practica, y su fervor es tal, que cuando ve de cerca al Papa se rompe en su pecho un aneurisma y cae muerta. Recordé también á la famosa protestante, tal vez heroína real de esta historia imaginaria, que al presentarse á Pío IX cayó fulminada, de rodillas y gritando: ¡Creo!

Yo en aquel punto comprendía todos los resortes espirituales que pueden mover y precipitar á un alma; las grandes conversiones que hacen del libertino Mañara, el santo fundador; de Agustín, el sofista maniqueo, el filósofo de la gracia; del cortesano duque de Gandía, el ascético Francisco de Borja; de Saulo el perseguidor, Pablo el apóstol. Entendía además el bien de sentir siempre así, y se me alcanzaba en qué consiste lo que llamamos bienaventuranza, estado que tan difícil es representarse comparándole con otros goces y otros

deleites humanos. El alma que estuviese siempre á esta temperatura, rebosaría placer y echaría de sí fuego y calor irresistible, como echaba San Francisco... ¡Venturosos los que esto experimenten cada día, á la elevación de la hostia, en la misa más pobre, en la iglesia más vulgar, en el rincón más apartado del mundo!

En mí sólo ha durado algunas horas la visita del ángel. Busco aquellos sentimientos, y ya no los encuentro; escucho el golpear de mi corazón, y parece como si de nuevo se hubiese revestido la chapa de plomo, ó por mejor decir, la coraza de Milán, damasquinada, incrustada de oro, con elegantes relieves, pero helada y recia. En fin, por espacio de un día al menos se ha liquidado la nieve, y subido convertida en cálido vapor hasta el cielo. Bajaron al abismo las pasioncillas humanas: las he oído caer como piedras y rebotar en el torrente del fondo. Y ahora lo explico mal; ahora tengo el dolor de no acertar á expresarlo; ahora me suena á teatral y retórico lo que entonces saltaba con tal ímpetu y fuerza como el chorro de agua viva bajo la vara del taumaturgo; y ahora, Señor, sólo tú, que sondeas las vísceras, encontra-

rás aquí un reflejo de lo que he probado.

Sentidos, puertas del alma, por vosotros entró, ya lo sé, la emoción sublime. Mis nervios tirantes por la vigilia; los himnos celestes que como un rocío bajaban de la rotonda; la cándida aparición; la increíble belleza de este anciano coronado con la tiara, llevado entre dos abanicos de níveas plumas, semejantes á alas de serafín, aclamado por delirante multitud; este anciano cuya cansada vida pende de un hilo; este anciano que ya no semeja cosa del mundo, sino pétalo de aquella rosa mística que cierra el paraíso dantesco; este anciano que representa á todos los mártires, confesores, vírgenes y doctores, á toda la Iglesia militante y triunfante, es lo que me ha movido de tan extraña manera. Y la expiación de mis pecados de orgullo, si alguna vez los cometí, es no atinar á decir bien lo que mejor he sentido nunca.

LOS SANTOS NOVÍSIMOS.

ROMA 5 DE ENERO DE 1888.

Cuando se publique esta carta, la Iglesia registrará en su libro áureo los nombres de diez santos más, tres de los cuales han visto la luz en tierra española, ó dominada por nuestras armas al nacer ellos. La solemne ceremonia de la canonización se verificará en el Vaticano, y el árbol diez y nueve veces secular, siempre cargado de frutos de vida, sentirá correr la savia de eterna primavera por su robusto tronco.

En mi deseo de que el público español supiese algo de los santos novísimos antes que les ciñan oficialmente el nimbo hierático, me dí á buscar por sacristías y puestos de libros de lance noticias referentes á su vida y milagros, y por cierto que, en el *Gesú*, un buen lego de la Compañía casi me echó á hisopazo limpio, asegurándome con enojo que era imposible saber cosa ningun-

na de los venerables Berchmans, Claver y Rodríguez, hasta el día en que los canonizasen y se repartiesen miles de ejemplares de su biografía impresa. Por fin se me ocurrió lo más derecho: pedir á un señor obispo el extracto del expediente de canonización y tomar allí los datos indispensables. Esto en cuanto á los jesuitas; que respecto á los servitas, me sacaré de apuros un libro rancio, encuadernado en pergamino, que me proporcionó en la sacristía de San Marcelo un venerable *prete* italiano, y que lleva en la portada este título: *Storia dell' origine e fondazione del Sagro Ordine de Servi di Maria Vergine*.

Los siete santos que fundaron la Orden de los Servitas forman una especie de piña ó racimo de figuras, cual suelen verse en los retablos, todas con la misma expresión, el mismo traje, idéntica actitud. No hablaré, pues, de cada cual separadamente, sino del grupo y de la obra colectiva que realizaron. Así, en comunidad, los representa la estampa que encabeza el libro: *Septem beati fundatores*, reza la leyenda, y no seré yo quien la deje mentir. Corría el año del Señor 1233, y gobernaba la Iglesia Gregorio IX, gran devoto de la Virgen, el que

instituyó la oración de la tarde y extendió á la Iglesia universal el cántico de la *Salve Regina*. Era aquel período angustioso del siglo XIII, cuando los ataques del infiel hacían bambolearse el trono católico de Balduino en Palestina, y el sarraceno, llamado por el perseguidor Federico II, entraba á hierro y fuego en las villas de Italia; cuando arreciaba la herejía valdense y albigense, y cuando en Florencia, república magnífica, las sañudas facciones de güelfos y gibelinos ensangrentaban diariamente las calles. Veían con pena este estado azaroso siete opulentos y nobles patricios, y para sosegar la tormenta de la guerra civil en su pueblo, fomentaron la devoción á la Virgen por medio de la cofradía de los *Laudenses*, dedicada á entonar sus loores. En aquel siglo XIII, que es á la Edad Media lo que el rosetón á la catedral gótica, las órdenes religiosas brotan lo mismo que amapolas en los trigales, ó hiedra en las ruínas. Los siete ricos é ilustres ciudadanos de Florencia, asociados para un fin político y humano—restituir la paz á su pueblo,—se sienten de improviso arrebatados en éxtasis, ven un globo de luz que se divide en siete rayos, y á la Madre de Dios ro-

deada de ángeles, que les convida á fundar una Orden nueva; y al punto renuncian bienes, influencia, poder, dejan á sus mujeres los casados, á sus hermanos los solteros, y se consagran al servicio de Dios. Retirados algún tiempo á hacer penitencia fuera de la ciudad, cuando vuelven á ella para obtener que el obispo apruebe su regla de vida, la multitud se arremolina á su paso, sale en procesión llena de curiosidad, y los niños de pecho, dejando el seno de sus madres, exclaman, con voz articulada y sonora: «He aquí los siervos de María.» Ocultos en el monte Senario con el fin de llevar vida eremítica cinco años enteros, la agreste ladera que cultivan sus manos se cubre en invierno de olorosas yerbas, de frescas flores, de vides cuajadas de fruto maduro y ópimo; y el día de Viernes Santo la Virgen se les aparece otra vez rodeada de ángeles que les traen hábitos religiosos negros, ó muestran un libro abierto que contiene la regla de San Agustín, ó escriben en dorados caracteres el nombre de *Servitas*. Así se fundó la Orden, propagada y dilatada en el siglo XIII con la rapidez eléctrica que se nota en la difusión de las religiones mendicantes. Por larga omito la lista de mila-

gros y méritos de los siete fundadores, cuyos nombres en religión fueron: *Buonfigliuolo Monaldi*, *Buonagiunta Manetti*, *Manetto dell' Antella*, *Amadio Amidei*, *Uguccione Uguccione*, *Sostegno Sostegni* y *Alessio Falconieri*. Nombres en verdad un tanto exóticos y enrevesados, lo cual será parte á que la devoción de estos santos no se mantenga muy viva sino en el territorio florentino.

Con los tres santos jesuitas entramos de lleno en épocas más claras y en asuntos que nos son familiares á los españoles. Representan tres tipos curiosos y característicos de la Compañía de Jesús, tres formas del austero y reprimido espíritu que trajo á la Iglesia el misticismo ardiente y batallador de Ignacio de Loyola, al cual, por modo simbólico y fundándose en detalles de su historia, se puede llamar el andante caballero de Cristo. A los tres bienaventurados Rodríguez, Claver y Berchmans los reclama para sí la Iglesia española, pues aunque San Juan Berchmans es flamenco, nació á la sombra de nuestra bandera.

Cuando me represento por medio de emblemas á los santos, veo algunos en forma de rosas purpúreas y sangrientas—los már-

tires de los primeros siglos,—otros de azucenas frescas y fragantes—las vírgenes, las religiosas,—y otros me parecen violetas de cárdeno color, maceradas por la penitencia, la soledad y la represión de todas las pasiones é instintos humanos. Esto último suelen ser los santos jesuitas. ¿Quién no advierte en sus imágenes la tristeza, la palidez, el asombro? Los Sebastianes, los Estébanes, los Pedros, los Pablos, son bellos mozos y vigorosos viejos; las Priscas, las Cecilias, se coronan de rosas y lucen ricos trajes nupciales; en los santos de las órdenes mendicantes, los Franciscos, los Antonios de Padua, hay gracia y alegría; el uno se desfallece de amor al escuchar el laúd tocado por un ángel; el otro juega risueño con el Niño Jesús... Pero en los hijos de San Ignacio reina una mortificación, una severidad, una melancolía extraña; son milicia suscitada en tiempos adversos, cuando asoma la cabeza la formidable herejía del libre examen y Lutero ataca, no solamente el poder pontificio, sino la soberanía de la patria española en el continente europeo. Sin embargo, de las tres fisonomías de santos que procuraré presentar con su especial relieve, la más dolorosa es la del flamenco:

las de los dos españoles son pacífica la una y enérgica la otra, ambas serenas.

San Alfonso Rodríguez... Hay que empezar por decir *quién no fué* este santo, antes de decir *quién era*, y así evitaré un error en que fácilmente se incurre. San Alfonso Rodríguez no fué su homónimo el insigne y suave escritor místico, autor del *Ejercicio de perfección*, también jesuita, también español, también declarado Venerable y nacido en el mismo siglo, á cuatro años de distancia. El que va á subir á los altares es una criatura humilde, un pobre lego ó *coadjutor temporal* de la Compañía, que vió la luz en Segovia en 1530, de modesta familia de tenderos. Cuéntase de él que cuando muchacho profesaba gran devoción á la Virgen, y un día le habló así cándidamente:—Te amo, señora; ojalá me amases tanto á mí.—Y que la Virgen le respondió al punto:—No, hijo; aún te amo yo más.—Enviado á cursar á Alcalá, antes de que terminase los estudios murió su padre, y su madre le llamó á Segovia para que se hiciese cargo del comercio. Allí casó, dice el expediente, con doncella honestísima; pero la perdió en breve, y después al niño, fruto de su enlace; entonces sintió la vocación de jesuita. Trans-

curridos unos días de vida penitente, Alfonso tuvo cierto sueño: vió un coro de santos, entre los cuales sobresalía Francisco de Asís. Alfonso lloraba, y Francisco le preguntó por qué.—¿No he de llorar—respondió el buen mercader segoviano—si tanto he ofendido á Dios, y por ofenderle una sola vez tendríamos de llorar la vida entera?—La historia refiere sus penitencias y austeridades terribles en el convento de Mallorca, las sequedades y tentaciones que le afligieron, y cómo, antes de morir ejemplarmente, á los ochenta y siete años de edad, se le aparecieron Cristo y su Madre. Cuenta asimismo al pormenor las milagrosas é instantáneas curaciones obtenidas por mediación suya, el lento curso del expediente de canonización, conducido con el pulso y reflexión que es de rigor en semejantes casos: primero la declaración de las virtudes teologales y cardinales en grado heróico (1760), la beatificación (1825), los nuevos y recientes prodigios que por su intercesión se han obrado (1865), y al cabo el triunfo del humilde lego.

Bien se nota que éste es un contemplador, un obediente, un pasivo. No así San Pedro Claver, que fué un propagandista,

un apóstol, un gladiador del Evangelio. Nació en Verdú (Cataluña) en los últimos años del resplandeciente siglo xvi, el siglo de los grandes santos españoles. Sus padres eran hidalgos y le educaron con esmero. Estudió en Barcelona y atendió lecciones de filosofía en las aulas mallorquinas. Dios reveló por medio de una visión al escritor místico Alfonso Rodríguez la gloria reservada á Pedro Claver, el cual ingresa en la Compañía de Jesús el segundo año del siglo xvii. En 1610 le escoge para las misiones del Nuevo Mundo el P. Acquaviva superior de la Orden, y desembarcan en Cartagena de América el mismo año. Claver ve y toca con sus manos redentoras y compasivas la horrible llaga de la esclavitud, el negro vendido y tratado peor que las bestias, y sus entrañas se estremecen de piedad. Consagra su vida al alivio de tanta miseria, dedicándose á predicar, convertir, enseñar, consolar y socorrer á los esclavos. Bautiza en persona á más de 340.000, y si, pensando piadosamente, admitimos que siquiera la décima parte de los bautizados por el apóstol catalán logró entrar en el cielo, bien puede Claver decir que no se presentó ante Dios con las manos vacías.

En el puerto de Cartagena fondeaban diariamente naves que hacían el tráfico de esclavos, y no bien el apóstol tenía noticia de su llegada, corría á exhortar igualmente á víctimas y verdugos. Enfermero incansable, asistía esas pestes espantosas, esos padecimientos repugnantes de las razas oscuras y de los climas cálidos, y el pueblo oía como á un profeta y respetaba como á un rey al jesuita extenuado por las maceraciones, los cilicios, los ayunos, los azotes y las sobrehumanas fatigas de un apostolado heroico. Así tuvo Cartagena de Indias su San Francisco Javier, y cuando Pedro se rindió á tantos trabajos, los negros escoltaron gimiendo su cadáver, que quedó después de la muerte flexible, fragante, con apariencia de vida. Poco diré del expediente de canonización de este justo, á quien nadie regateará la corona. Despaciioso como todos, en él se lee repetidas veces la frase sacramental *causa siluit*. La beatificación de Claver, anunciada en 1850, no se efectuó hasta 1857. Ahora va á recibir aquí el lauro que Dios le tiene otorgado hace tiempo.

San Juan Berchmans puede clasificarse refiriéndole al tipo ascético de los Luises

Gonzaga y Estanislaos de Kostka. Es uno de esos mustios y lánguidos lirios crecidos á la sombra, que se deshojan antes de tiempo; una de esas infancias graves, silenciosas, que terminan en lírica y virginal adolescencia y en muerte prematura; uno de esos niños que ni lloran ni ríen, que ayunan, que rezan antes de tener uso de razón uno de esos seres que pasan como apariciones, sin tocar al polvo de la tierra. Descendió á ella en 1599, en Diest, ducado de Brabante. Dicen sus biógrafos que era muy lindo mancebo; que en la iglesia parecía un ángel; que su modestia pasaba de raya, y que sus confesores no le vieron incurrir jamás en pecado alguno, ni venial siquiera. Su vocación á la Compañía de Jesús se determinó leyendo la vida de San Luis Gonzaga, modelo de perfección ideal propuesto á la juventud por el espíritu de San Ignacio. A los diez y siete años entró Berchmans en la Orden, y al punto le enviaron á Roma á que estudiase filosofía. Y en el Colegio Romano testifican todos de la admirable pureza con que vivió, hasta extinguirse dulcemente á los veintitrés años de edad, como si se hubiese asomado á las puertas de la vida, y asustado de sus combates se

acogiese al yerto regazo de la muerte. Poco antes de espirar tomó en la mano el Crucifijo, el rosario y las constituciones de la Compañía, exclamando:—Estas tres cosas me son caras: con ellas muero contento.— El último año de su existir, San Juan Berchmans, estudiante aplicado y asiduo, se complacía en escribir máximas, pensamientos y reglas espirituales; de ellas entresaco algunas, y prueban, en mi opinión, que aquella alma seráfica, inmaculada cual el ampo de la nieve, advertía con miedo, en lo más hondo de sí propia, el reprimido hervor de la pasión juvenil.

—«Nada debo evitar con tanto esmero como el ocio, la melancolía y la familiaridad.

—Cuanto causa inquietud, viene del diablo.

—Si no me hago santo mientras soy joven, no lo seré nunca.

—Seré opuesto al mundo en todas las cosas.

—Hacer mucho y hablar poco.

—Que lo dulce te sea amargo y lo amargo dulce.

—Teme que por tu negligencia te quite Dios la ternura del alma y te deje insensible.

—Sé avaro y mercader espiritual.

—Los sábados he de lavar platos en la cocina á honra de la Santísima Virgen.

—La conversación de los tibios debe huirse como mal contagioso; la vista de la mujer como la del basilisco.

—La bestia tiende por instinto á conseguir sus fines, y tú, alma mía, ¿necesitas estímulos tan grandes!»

Bienaventurado Berchmans, ora por nosotros. Estamos en lo más recio de la batalla, y vaya si necesitamos estímulos. Bienaventurado Berchmans, amarillenta rosa claustral, déjanos respirar tu desmayado perfume.